

Acuse de Recibo

Otra vez la Política Externa

POR LORENZO MEYER

EL autor de estos artículos, en cuanto tal, recibe escasa correspondencia, y casi ninguna enviada por lectores que habitan en las altas esferas gubernamentales. Así pues, fue para mí toda una sorpresa cuando el miércoles de la semana pasada —justo en el momento en que me disponía a dormir— llamó a mi puerta un mensajero de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Me traía una carta del señor secretario Bernardo Sepúlveda cuyo contenido se relacionaba con el artículo que había yo publicado ese mismo día en este espacio. Ante tan rara muestra de interés de un gobernante por la opinión de un gobernado, no puedo menos que asentar aquí el acuse de recibo, pues a ello me invitaba explícitamente esa carta, y en términos por demás comedidos.

Quizá el lector recuerde el tema de mi columna anterior. Se refería al dilema en que hoy se encuentra la política exterior de nuestro país a raíz de la lucha emprendida con singular entusiasmo por el Presidente norteamericano, Ronald Reagan, contra un antiguo aliado de su gobierno: el general Manuel Antonio Noriega, el hombre fuerte de Panamá.

Para nosotros, los dos extremos del problema creado por el conflicto panameño-norteamericano son igualmente malos. Aceptar la legitimidad de la terrible presión que Washington ejerce contra Noriega y el gobierno que él no preside, pero sí controla, es admitir que se dé un golpe más al ya muy maltrecho —pero para nosotros básico— principio de la no intervención unilateral de un país en los asuntos internos de otro. Por otra parte, colocarse al lado del actual gobierno panameño sería, objetivamente, respaldar no sólo la autodeterminación, sino algo que es inaceptable para los latinoamericanos: la persistencia, so pretexto del nacionalismo y del antiimperialismo, del control de la vida política por los militares —militares, además, de dudosa reputación—, es decir, el predominio de los profesionales de la violencia sobre la vida de las instituciones públicas.

Pues bien, volvamos a la carta. En ella el señor secretario hace una aclaración a mi apunte de que México ha mantenido una política ambigua en el caso panameño: "El Gobierno Mexicano ha expresado claramente su repudio a las diversas acciones intervencionistas en contra de Panamá. Lo hemos hecho en repetidas ocasiones y de ello hay constancia pública". El Gobierno Mexicano ha hecho algo más que declaraciones, continúa diciendo el señor secretario, pues también ha emprendido

"...acciones políticas para hacer valer normas de derecho internacional en el caso de Panamá"; y un buen ejemplo de tales acciones es la resolución recientemente adoptada en la junta del SELA, en Caracas, a instancias de México, y que condena la presión económica de Estados Unidos contra Panamá.

★

ACEPTO, sin mayor reserva, que hubiera sido pertinente y justo consignar en el artículo que atrajo la atención del secretario de Relaciones no sólo que el gobierno de México aceptó suspender a Panamá del Grupo de Los Ocho justo al estallar el conflicto entre el gobierno de ese país y el de Estados Unidos —algo que fue presentado por el gobierno de Washington a su opinión pública y a la mundial como la prueba objetiva de que América Latina aislaba a Panamá y aceptaba, implícitamente, la ilegitimidad del nuevo gobierno presidido por Solís Palma—, sino también haber hecho referencia al discurso posterior, del 28 de marzo, del subsecretario de Relaciones Exteriores, Manuel Rodríguez Arriaga, en Caracas, condenando la presión económica de Estados Unidos contra Panamá. Y también debimos señalar que en otros discursos de esos días el Presidente Miguel de la Madrid y el propio secretario de Relaciones expresaron condenas al intervencionismo.

Sin embargo, desgraciadamente, tales resoluciones y discursos no resuelven el dilema de fondo, pues para México tan nefasto es el intervencionismo como el militarismo. El triunfo de cualesquiera de los dos nos resulta negativo, y por ahora el problema de Panamá sólo presenta esas posibilidades. Pero quizá debamos dejar este problema a un lado y enfocar el tema desde otro ángulo, para no hacer de este artículo una mera repetición del anterior sino una continuación.

Dada la naturaleza abierta y brutal de la acción norteamericana contra el gobierno de Panamá, si México deseara realmente enfrentarse al intervencionismo norteamericano en el istmo, sería necesario pasar de las palabras a los hechos. A estas alturas del juego, de poco o nada sirven los discursos antiintervencionistas presidenciales o de miembros del gabinete, en foros como el Crea o en la develación de monumentos contra la anexión de Austria por Alemania hace medio siglo, ni tampoco las resoluciones antiintervencionistas de un SELA sin capacidad de acción.

Cuando el general Cárdenas decidió oponerse, hace más de cincuenta años,

Acuse de Recibo.- Otra vez la Política Externa

Sigue de la página siete

a las intervenciones de las potencias nazifascistas en el mundo, usó primero el discurso, pero luego, en el caso de la República Española, pasó al terreno de los hechos al ayudar con armas a quienes se defendían de la intervención. Para ayudar ahora realmente a Panamá se requiere darle al gobierno de ese país recursos efectivos, materiales con los que pueda resistir a Estados Unidos. De acuerdo a las dimensiones de Panamá, con facilitar al gobierno de ese país, en calidad de préstamo, el 1% de los 15,000 millones a que ahora ascienden las reservas mexicanas, sería el equivalente de dar a Noriega lo que Cárdenas otorgó a los españoles. ¿Pero es eso posible, justo y realista para México? Creo que no, pues difícilmente existe aquí una clase o grupo social dispuestos a asumir el sacrificio que significaría en este momento enfrentarse abiertamente con Estados Unidos en defensa del gobierno de Panamá. A estas alturas, después de seis años de deterioro sistemático de la economía y de su propia legitimidad, la capacidad del gobierno de México para convocar a la sociedad mexicana a enfrentarse a Estados Unidos en Panamá, con todas las consecuencias que esta decisión traería consigo, es mínima. Si lo que hoy está en juego en México es la viabilidad misma del régimen, entonces difícilmente se puede ayudar a otro que anda en peores condiciones, y eso suponiendo que se quisiera llegar tan lejos en la defensa del principio de la no intervención, lo cual es de dudarse.



EN realidad, la crisis panameña sorprendió a las autoridades mexicanas en un momento muy inapropiado: cuando una buena parte de su capital político externo o han gastado ya en el esfuerzo de Contadora, encomiable y legítimo, pero que no dio los frutos esperados y que merecía. No es

eso todo, en cierto sentido, la decisión presidencial de retirar a Ricardo Valero —la personificación misma de la política mexicana en Contadora— de la Subsecretaría de Cooperación Internacional, fue interpretada como una señal de paz enviada a Estados Unidos por nuestro gobierno, para llegar al fin del sexenio sin esa carga que significó la guerra sorda mexicano-norteamericana en Centroamérica; es el equivalente internacional al Pacto de Solidaridad Económica, cuyo propósito es dejar el mando, al próximo presidente, con el mínimo posible de crisis por resolver; es posible que tal interpretación no sea la que predomina en nuestros círculos del poder, pero es un hecho que existe y como tal cuenta.

Para concluir, dentro de lo insatisfactorio de la situación, está bien que el Gobierno Mexicano haga ahora declaraciones antiintervencionistas y desee que se tome nota de ellas, pues al menos sirven para cubrir el expediente, pero no nos engañemos sobre su efectividad con miras a detener el ánimo intervencionista de Reagan o salvar a Noriega. Tal efectividad es prácticamente nula. Además, esas declaraciones no pueden tomarse fuera de contexto y el contexto es el despido de Valero y la decisión previa de tomar distancia respecto del gobierno de Noriega-Solis Palma al aceptar su suspensión del Grupo de Los Ocho en un momento crítico para ese gobierno.

Visto a la luz de los acontecimientos actuales, fue un error haber invitado al gobierno de Panamá a participar en el Grupo de Contadora —también lo fue haber sido tan bruscos y despectivos con el de Costa Rica— sabiendo desde entonces cuál era su naturaleza íntima —corrupta y antidemocrática— y la de sus ligas con Estados Unidos, como también fue un error desinvitarlo en la forma abrupta en que se hizo. Pero en fin, sólo arriesgándose a cometer errores se aprende. Espero que hayamos aprendido.